

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE ISAÍAS

La era de la restauración y Cristo como el Renuevo de Jehová y el Fruto de la tierra (Mensaje 3)

Lectura bíblica: Is. 4:2-6; 2:2-5

- I. La frase *en aquel tiempo* que aparece en Isaías 4:2 se refiere a la restauración venidera de la nación de Israel—Mt. 17:11; 19:28; Hch. 1:6; 3:21; 15:16:
 - A. Básicamente, entre la eternidad pasada y la eternidad futura hay tres eras: la era de la vieja creación, la era de la nueva creación y la era de la restauración:
 1. Desde que Dios creó los cielos y la tierra en Génesis 1:1 hasta el inicio de la era de la gracia, tenemos la era de la vieja creación.
 2. La era de la gracia es la era de la nueva creación; la obra de Dios en la era de la gracia consiste en producir la nueva creación—Jn. 1:16-17; 2 Co. 5:17; Gá. 6:15.
 3. La era venidera será la era de la restauración—Mt. 19:28; Hch. 3:21:
 - a. En la era venidera Dios no creará ni producirá la nueva creación; en vez de ello, Él realizará la obra de restaurar la creación vieja y caída—Ro. 8:20-22.
 - b. Todas las cosas serán restauradas; en esta restauración la muerte será restringida, y habrá abundancia de vida y muchas alabanzas y regocijo—Is. 65:18-25.
 - c. Después de la era de la restauración, el universo entero pasará de lo viejo a lo nuevo; entonces habrá el cielo nuevo y la tierra nueva con la Nueva Jerusalén—v. 17; 66:22; Ap. 21:1-2.
 4. Isaías profetizó en cuanto a la era de la restauración (Is. 2:2-5; 11:1-10; 61:4-9); el capítulo 35 nos muestra un maravilloso cuadro de la restauración.

- B. El juicio de Dios sobre las naciones altivas introduce al Dios-hombre, Cristo (4:2, 5-6), lo cual redundará en la restauración de la nación de Israel (vs. 3-6; 2:2-5), y esto, a su vez, trae el reino y llega a su consumación en el cielo nuevo y la tierra nueva (65:17).
- II. El Cristo todo-inclusivo es el centro y la circunferencia, la centralidad y la universalidad, de la economía eterna de Dios—Col. 1:15-18:
- A. Cristo, como la corporificación del Dios Triuno, es la realidad de todas las cosas positivas que hay en el universo—2:16-17.
- B. La intención de Dios en Su economía es que Cristo lo sea todo; por lo tanto, es crucial que veamos que Dios no desea otra cosa que no sea Cristo y que a los ojos de Dios Cristo es lo único que cuenta—vs. 16-17; 3:4, 10-11.
- C. Debido a que Cristo es la centralidad y universalidad del mover de Dios, el libro de Isaías revela muchos aspectos de Cristo para el cumplimiento de la economía de Dios—6:1-8; 22:22; 53:5, 10b-12; 54:5; 55:4-5.
- III. En 4:2 encontramos un par de aspectos de Cristo: el Renuevo de Jehová y el Fruto de la tierra; *el Renuevo* es comparado con *el Fruto*, y *Jehová* es comparado con *la tierra*:
- A. Dios es eterno y el hombre procedió de la tierra; el *Fruto de la tierra* se refiere al hombre, quien fue hecho del polvo—Gn. 2:7.
- B. Cristo, como Dios, vino desde la eternidad, pero como hombre, Él procedió de la tierra; por esta razón, Él es tanto el Renuevo de Jehová como el Fruto de la tierra.
- IV. *El Renuevo de Jehová* alude a la deidad de Cristo, lo cual revela Su naturaleza divina—Is. 4:2a; Jn. 1:1; 20:28; Ro. 9:5:
- A. El Renuevo de Jehová no sólo tipifica la divinidad de Cristo, sino también el hecho de que la divinidad de Cristo brotó y se desarrolló mediante la encarnación de Dios—Jn. 1:1, 14; He. 1:1-3; 2:14.
- B. El Renuevo de Jehová es un nuevo desarrollo de Jehová Dios para que el Dios Triuno se ramifique con miras a Su aumento y propagación por medio de Su encarnación—Is. 7:14; Mt. 1:22-23.
- C. Cristo en Su encarnación como el Renuevo de Jehová se ramificó extendiéndose en Su divinidad, del territorio de la divinidad para entrar en el territorio de la humanidad—Jn. 1:1, 14.

- D. Por medio de Su encarnación, Cristo vino desde la eternidad y entró en la esfera del tiempo; desde tiempos antiguos, desde los días de la eternidad, el Dios Triuno se estaba preparando para salir de la eternidad y entrar en la esfera del tiempo, para venir con Su divinidad e introducirla en la humanidad—Mi. 5:2.
- E. El brotar y desarrollo de Dios en Cristo como el Renuevo de Jehová tenían como fin que se expresaran todas las riquezas de la divinidad en la humanidad de Cristo, es decir, que los ricos atributos de la divinidad se desarrollaran hasta convertirse en las virtudes de Cristo, el Dios-hombre, en Su humanidad—Ef. 3:8.
- F. El Dios encarnado, en Su divinidad, será la hermosura y la gloria del pueblo escogido de Dios en el día de la restauración—Is. 4:2a:
1. Nuestro Dios con Su naturaleza divina es nuestra hermosura y nuestra gloria—60:1, 9, 13.
 2. Debido a que Cristo vive en nosotros, somos participantes de la naturaleza divina; en este sentido, no solamente somos humanos, sino también divinos, y la naturaleza divina es nuestra hermosura y nuestra gloria—Gá. 2:20; 2 P. 1:4.
- V. *El Fruto de la tierra* se refiere a la humanidad de Cristo con Su naturaleza humana—Is. 4:2b; Lc. 1:42:
- A. Como el Fruto de la tierra, Cristo nació como un hombre que tenía sangre y carne humanas procedentes de la tierra; la tierra era el origen de la humanidad de Cristo, así como la eternidad era el origen de Su divinidad—He. 2:14.
- B. El propósito de Cristo como el Fruto de la tierra es la multiplicación y reproducción de la vida divina en la humanidad—Jn. 12:24:
1. Dios en Sí mismo, en Su divinidad, no puede ser multiplicado.
 2. Para poder multiplicarse y reproducirse, Él necesita de la humanidad; la humanidad es el suelo, la tierra, donde el Dios Triuno puede ser multiplicado y reproducido—20:17; Ro. 8:29; He. 2:10.
- C. Cristo, como el Fruto de la tierra, en Su humanidad, la cual expresa Su hermosura y gloria divinas, será la excelencia y el esplendor del pueblo escogido de Dios en el día de la restauración—Is. 4:2b:

1. Incluso hoy en día, en la era de la gracia, nosotros debemos llevar una vida que exprese la hermosura y la gloria de Cristo de una manera divina y que exprese la excelencia y el esplendor de Cristo de una manera humana—1 Co. 10:31; Fil. 1:11, 20.
 2. Un cristiano apropiado es una persona divina y humana, alguien que tiene la hermosura y la gloria divinas de Jesús, así como también la excelencia y esplendor humanos de Jesús—vs. 8-9; 1 P. 2:12.
- VI. En Isaías 4:5-6 encontramos un segundo par de aspectos de Cristo: un dosel de gloria que brinda cobertura y un tabernáculo de gracia que brinda sombra:
- A. El segundo par es resultado del primer par y es producido por el primer par:
 1. Debido a que Cristo es el Renuevo que permite un nuevo desarrollo de Dios y el Fruto que hace posible la reproducción de Dios, Él posee la hermosura y la gloria divinas con la excelencia y esplendor humanos; por esta razón, Él puede ser un dosel que nos cubre y un tabernáculo que nos brinda sombra—vs. 2, 5-6.
 2. Nuestro Jesús es el Dios-hombre, Aquel que es divino y humano; como el Dios-hombre en Su divinidad y humanidad, Él, como el Renuevo de Jehová y el Fruto de la tierra, es un dosel de la gloria divina que brinda cobertura y un tabernáculo de gracia en la humanidad que brinda sombra.
 - B. El Dios-hombre, Cristo, es un dosel, el cual es la gloria de Cristo en Su divinidad que brinda cobertura, protegiendo todos los intereses de Jehová Dios en la tierra—v. 5.
 - C. El tabernáculo que brinda sombra es el Dios-hombre, Cristo, en Su humanidad con Su gracia, tal como se nos describe en 2 Corintios 12:9; éste es Cristo como Aquel que nos cubre con Su sombra y nos brinda protección y defensa—Is. 4:6; Jn. 1:14.

MENSAJE TRES

LA ERA DE LA RESTAURACIÓN Y CRISTO COMO EL RENUENO DE JEHOVÁ Y EL FRUTO DE LA TIERRA

Al estudiar el libro de Isaías, debemos asirnos a la filosofía divina, espiritual y celestial que predomina en este libro. Como vimos en el mensaje 1, el castigo que Dios inflige a Israel y el juicio que Él ejecuta sobre las naciones tiene tres resultados: primero, Israel es traído de regreso a Dios; segundo, las cosas creadas son restauradas; y tercero, el Cristo todo-inclusivo es introducido. Espero que todos podamos asirnos de estos tres puntos tan maravillosos. Éstos son los principios divinos, espirituales y celestiales que rigen este libro de principio a fin. Esta comprensión no sólo es crucial, sino también esclarecedora al grado en que abre nuestro entendimiento con respecto a cómo Dios lleva a cabo Su economía. No sólo en el contexto de Isaías, sino también a lo largo de toda la Biblia vemos cómo Dios lleva a cabo Su economía al castigar y juzgar a fin de traer a Su pueblo de regreso a Él, lograr una restauración y, por último, traer al Cristo todo-inclusivo.

Si ésta es nuestra perspectiva, incluso con respecto a toda la historia humana, recibiremos el beneficio de poder entender lo que nos sucede en nuestra vida humana, así como los sufrimientos que los seres humanos experimentan, incluyendo guerras, hambre y calamidades naturales. Muchos preguntan: “¿Por qué tenía que suceder esto o aquello?”. Esto se debe a que no tienen una perspectiva de la economía eterna de Dios. Sin embargo, si tenemos la comprensión apropiada, entenderemos que todas estas cosas, incluyendo los sufrimientos humanos que Dios permite que experimentemos en nuestra vida como también todos los sufrimientos que han habido en el transcurso de la historia humana, ocurren para que el pueblo de Dios pueda ser traído de regreso a Dios, para que todas las cosas puedan ser restauradas, y por último, para que el Cristo todo-inclusivo sea introducido. Esto es lo que vimos en el mensaje 1, lo cual es la perspectiva predominante en el libro de Isaías.

El título doble de este mensaje es “La era de la restauración y Cristo como el Renuevo de Jehová y el Fruto de la tierra”. Tal vez usted se pregunte por qué estos dos puntos fueron puestos juntos: La era de la restauración y Cristo como el Renuevo de Jehová y el Fruto de la tierra. Sin embargo, si usted capta el principio divino, espiritual y celestial que predomina en todo el libro de Isaías, entenderá que en la economía de Dios, a fin de que Cristo pueda ser introducido plenamente, es necesario que primero ocurra la restauración de todas las cosas.

La era de la restauración, desde la perspectiva dispensacional, se refiere al milenio. Cuando Cristo regrese, Él traerá el reino de mil años en el cual todas las cosas serán restauradas a la condición original que tenían en la creación de Dios. Dios en Su economía primeramente creó los cielos y la tierra, y después creó al hombre. Ésta fue la vieja creación; sin embargo, Él creó la vieja creación con el objetivo de obtener la nueva creación. Dios no está satisfecho simplemente con tener unas montañas pintorescas, unos ríos hermosos y unos árboles encantadores. Él hizo toda la vieja creación con el objetivo de obtener la nueva creación. Sin embargo, antes de que Dios pudiera producir la nueva creación, Satanás se introdujo para seducir al hombre y hacer que Adán y Eva cayeran. Como resultado, el pecado se introdujo, y el elemento satánico fue inyectado en la humanidad, lo cual a su vez hizo que toda la vieja creación no sólo envejeciera, sino que además se convirtiera en un montón de escombros.

Aparentemente Dios no pudo hacer nada. Sin embargo, el infinitamente sabio Dios fue muy paciente. Él esperó cuatro mil años, pero ese periodo sólo fue para Él como cuatro días (cfr. 2 P. 3:8). Luego, Él mismo vino para encarnarse en la humanidad como un hombre, como el Dios-hombre, Jesucristo. Por medio de Su encarnación, Dios se introdujo en el hombre, y la divinidad se introdujo en la humanidad. Luego este Dios-hombre pasó por el proceso del vivir humano, la muerte y la resurrección, y llegó a ser el Espíritu vivificante a fin de impartirse como vida en todos Sus creyentes para ser su elemento y esencia a fin de producir la nueva creación. Alabamos al Señor porque hoy en día nosotros, los creyentes, ya no pertenecemos a la vieja creación, sino que somos la nueva creación porque tenemos al Dios Triuno en nosotros como nuestra vida, nuestra esencia y nuestro elemento. Sin embargo, la vieja creación, el montón de escombros, aún está con nosotros. No obstante, cuando el Señor Jesús regrese, vendrá un periodo de restauración. Ciertamente nosotros, como la nueva

creación de Dios, disfrutamos de la obra interna que Dios realiza como el Espíritu a fin de ser nuestra vida y nuestra esencia, pero externamente debe haber una restauración porque toda la creación permanece en un estado de desmoronamiento debido al daño producido por Satanás. Es por ello que todas las cosas necesitan ser enmendadas conforme a la economía de Dios. Por consiguiente, vendrá un periodo de restauración y, por medio de dicha restauración, Cristo será introducido plenamente. Ésta es la perspectiva que vemos en Isaías.

En otras palabras, si hemos de ver que el Cristo todo-inclusivo se ha introducido plenamente, es preciso que venga la restauración de todas las cosas. Sin embargo, lamentablemente hoy todavía vivimos en un entorno de desmoronamiento. Hay enemistades, peleas y odio, no sólo entre los pueblos, sino aun entre los animales. Ni siquiera los pequeños mosquitos se llevan bien con usted. La razón por la cual no hay paz es que todavía vivimos en este estado de desmoronamiento. Según Romanos 8, toda la creación gime deseando ser libertada de la esclavitud de corrupción (vs. 20-23). La creación sufre en este estado de desmoronamiento y anhela ser libertada.

Según Isaías, en la economía de Dios, habrá un periodo de restauración en el que todas las cosas serán enmendadas. Por supuesto, desde el punto de vista dispensacional habrá un periodo de mil años, el milenio, después de que Cristo regrese, en el cual todas las cosas serán restauradas. Sin embargo, debemos preguntarnos dónde nos encontramos. Sin duda alguna, estamos en la era de la gracia; no obstante, en la era de la gracia podemos disfrutar de un anticipo de la era de la restauración. En particular, nosotros, como aquellos que están en la nueva creación, es decir, como creyentes que poseen la vida de Dios, podemos disfrutar de un anticipo de la era de la restauración (He. 6:5). El mundo y la sociedad todavía son parte del montón de escombros, pero hoy nosotros como hijos de Dios, cuando vivimos en nuestro espíritu, estamos en la realidad de la era de la restauración. Primeramente nosotros mismos necesitamos ser completamente restaurados. Una vez que seamos restaurados al ser traídos de regreso a Dios y los unos a los otros, entonces Cristo podrá ser introducido plenamente. Sin esta restauración, Cristo no podrá ser introducido plenamente.

Por lo tanto, aprecio mucho que estos dos asuntos hayan sido puestos juntos en este mensaje. Como veremos en los próximos mensajes, Isaías es un libro repleto de una rica revelación del Cristo todo-inclusivo. Ciertamente Él es inagotable; pero a fin de que este Cristo pueda ser

plenamente introducido, nosotros necesitamos ser conducidos a la experiencia de la era de la restauración. En el sentido dispensacional, la era de la restauración aún está por venir, pero en nuestra experiencia presente, nosotros necesitamos experimentar la restauración. Necesitamos ser restaurados plenamente al ser traídos de regreso a Dios y los unos a los otros. En el recobro del Señor nosotros sentimos una profunda carga por la unidad genuina. Cuando el pueblo de Dios es introducido en la realidad de la unidad genuina, tiene la oportunidad de gustar de la era venidera, la era de la restauración, donde no habrá conflictos, odio ni luchas. En la restauración incluso el león pacerá con el cordero. ¡Alabado sea el Señor porque hoy nosotros podemos disfrutar de un anticipo de esa era! Además, al ser restaurados plenamente siendo traídos de regreso a Dios y los unos a los otros, nosotros preparamos el camino para que Cristo pueda ser introducido plenamente como se revela en los múltiples aspectos mencionados en el libro de Isaías.

**LA FRASE EN AQUEL TIEMPO QUE APARECE
EN ISAÍAS 4:2 SE REFIERE A LA RESTAURACIÓN
VENIDERA DE LA NACIÓN DE ISRAEL**

La frase *en aquel tiempo* que aparece en Isaías 4:2 se refiere a la restauración venidera de la nación de Israel (Mt. 17:11; 19:28; Hch. 1:6; 3:21; 15:16). Si bien Isaías contiene una revelación muy rica acerca de Cristo, en muchos pasajes se menciona o se profetiza acerca de la era venidera, la era de la restauración (2:2-5; 11:1-16; 35:1-10; 61:4—63:19; 64:1—66:24). El Señor Jesús también se refirió a este tiempo cuando estuvo en la tierra. Él dijo: “A la verdad, Elías viene, y restaurará todas las cosas” (Mt. 17:11), y: “De cierto os digo que en la restauración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de Su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel” (19:28). Después de que el Señor resucitó y ascendió, Sus discípulos también hablaron de este tiempo. Cuando Pedro habló en Hechos 3, dijo: “A quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de Sus santos profetas desde tiempo antiguo” (v. 21). Más tarde Jacobo también habló de la restauración cuando dijo: “Después de esto volveré y reedificaré el tabernáculo de David, que está caído; y repararé sus ruinas, y lo volveré a levantar” (15:16). Por consiguiente, vemos que este asunto de la era de la

restauración fue profetizado en el libro de Isaías y que también el Señor Jesús y Sus discípulos hablaron de este asunto.

**Básicamente, entre la eternidad pasada y la eternidad futura
hay tres eras: la era de la vieja creación,
la era de la nueva creación y la era de la restauración**

Básicamente, entre la eternidad pasada y la eternidad futura hay tres eras: la era de la vieja creación, la era de la nueva creación y la era de la restauración. Los estudiantes de la Biblia suelen leer la Biblia desde la perspectiva de las dispensaciones o periodos de tiempo. Otra perspectiva es entenderla conforme a tres eras: la era de la vieja creación, la era de la nueva creación y la era de la restauración.

*Desde que Dios creó los cielos y la tierra
en Génesis 1:1 hasta el inicio de la era de la gracia,
tenemos la era de la vieja creación*

Desde que Dios creó los cielos y la tierra en Génesis 1:1 hasta el inicio de la era de la gracia, tenemos la era de la vieja creación. En Génesis Dios creó los cielos y la tierra, incluyendo al hombre. Esto fue algo que Él hizo con Sus manos y algo que era completamente externo y físico, lo cual produjo la vieja creación. Dios mismo no era parte de lo que había creado. Aunque Dios creó los cielos, la tierra y todas las cosas que hay en ellos, Él mismo no formaba parte de las cosas que había creado. La vieja creación era simplemente algo que Dios había hecho. Ésta es la característica de la vieja creación.

*La era de la gracia es la era de la nueva creación;
la obra de Dios en la era de la gracia
consiste en producir la nueva creación*

La era de la gracia es la era de la nueva creación; la obra de Dios en la era de la gracia consiste en producir la nueva creación (Jn. 1:16-17; 2 Co. 5:17; Gá. 6:15). Podríamos decir que toda la era del Antiguo Testamento fue la era de la vieja creación. Aunque muchas cosas fueron hechas por Dios, aunque Dios habló muchas cosas y aunque fueron dadas muchas profecías por Dios, prácticamente todo ello se halla en la esfera de la vieja creación. La nueva creación empezó cuando Jesucristo vino por medio de la encarnación como un hombre. La era de la gracia empezó con Él. En la era de la gracia, la obra de Dios consiste

en producir la nueva creación. La característica de la nueva creación es que Dios mismo forma parte de lo que ha sido creado.

Como seres humanos que somos, somos parte de la vieja creación. Nuestra vida humana es parte de la vieja creación; sin embargo, cuando creímos en el Señor Jesús, fuimos regenerados y llegamos a ser una nueva creación. Por un lado, somos la vieja creación; pero por otro, por haber creído en el Señor, algo ocurrió en nuestro espíritu. Fuimos regenerados, y la vida de Dios entró en nosotros. Ahora tenemos el elemento de Dios y la esencia de Dios, y somos la nueva creación. Ésta es la obra que Dios realiza en la era de la gracia.

La era venidera será la era de la restauración

*En la era venidera Dios no creará ni producirá la nueva creación;
en vez de ello, Él realizará la obra de restaurar
la creación vieja y caída*

La era venidera será la era de la restauración (Mt. 19:28; Hch. 3:21). En la era venidera Dios no creará ni producirá la nueva creación; en vez de ello, Él realizará la obra de restaurar la creación vieja y caída (Ro. 8:20-22). No puedo explicarles por qué Dios tiene que hacer esto; sin embargo, esto es lo que va a suceder. Nosotros, los creyentes regenerados, somos la nueva creación, pues recibimos la vida y la naturaleza de Dios en nuestro ser. Sin embargo, debido a que la vieja creación fue dañada por Satanás y llegó a ser un montón de escombros, vendrá un periodo dispensacional preparado por Dios, la era de la restauración, para que todas las cosas puedan regresar a la condición original en que fueron creadas.

En aquel tiempo no habrá más peleas, disputas, conflictos ni enemistades. Todas las cosas serán introducidas en una condición de paz. La era de la restauración no será un periodo en el que Dios creará nada ni regenerará a nadie. La regeneración únicamente ocurre en la era de la gracia. Si usted desea ser regenerado, tiene que ser regenerado ahora. No espere la era venidera, pues ésa será la era de la restauración. La restauración no tiene que ver con la vida y la naturaleza de Dios, sino que simplemente consiste en restaurar todas las cosas a la condición que tenían en el momento de la creación. “La creación fue sujeta a vanidad [...] con la esperanza de que también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad de la gloria de los

hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora” (Ro. 8:20-22).

*Todas las cosas serán restauradas; en esta restauración
la muerte será restringida, y habrá abundancia de vida
y muchas alabanzas y regocijo*

Todas las cosas serán restauradas; en esta restauración la muerte será restringida, y habrá abundancia de vida y muchas alabanzas y regocijo (Is. 65:18-25). Isaías 65:18-22 dice:

Mas os gozaréis y os alegraréis para siempre / en las cosas que Yo he creado, / porque he aquí que Yo traigo a Jerusalén alegría / y a su pueblo gozo. / Yo me alegraré con Jerusalén / y me gozaré con Mi pueblo, / y nunca más se oirán en ella / voz de lloro ni voz de clamor. / No habrá más allí niño que muera de pocos días / ni viejo que sus días no cumpla, / sino que el niño morirá de cien años / y el pecador de cien años será maldito. / Edificarán casas y morarán en ellas; / plantarán viñas y comerán el fruto de ellas. / No edificarán para que otro habite / ni plantarán para que otro coma; / porque según los días de los árboles serán los días de Mi pueblo, / y Mis escogidos disfrutarán la obra de sus manos.

Algunos árboles pueden vivir mil años o incluso decenas de miles de años. Aquí dice: “Según los días de los árboles serán los días de Mi pueblo”. Por lo tanto, en la era de la restauración, la muerte será limitada, y habrá muchas alabanzas y regocijo. Todas las cosas serán rescatadas del montón de escombros y restauradas a la condición original que tenían en el tiempo de la creación.

*Después de la era de la restauración,
el universo entero pasará de lo viejo a lo nuevo;
entonces habrá el cielo nuevo y la tierra nueva
con la Nueva Jerusalén*

Después de la era de la restauración, el universo entero pasará de lo viejo a lo nuevo; entonces habrá el cielo nuevo y la tierra nueva con la Nueva Jerusalén (v. 17; 66:22; Ap. 21:1-2). El cielo nuevo y la tierra nueva no son otro cielo y otra tierra, sino el cielo viejo y la tierra vieja que han sido renovados. Por lo tanto, a fin de que Dios pueda traer el cielo nuevo y la tierra nueva, el cielo viejo y la tierra vieja deben ser

restaurados a una condición apropiada. Debe haber un tiempo de restauración, un tiempo en el que todas las cosas sean enmendadas. Luego, después de que esto suceda, al final de los mil años del reino milenar, Dios vendrá a renovar ese cielo viejo y esa tierra vieja para que lleguen a ser el cielo nuevo y la tierra nueva. En el centro del cielo nuevo y la tierra nueva estará la Nueva Jerusalén. ¡Aleluya! Somos parte de la Nueva Jerusalén.

La Nueva Jerusalén es la conclusión, la consumación máxima, de la obra que Dios realiza en la nueva creación. No somos simplemente parte de la vieja creación que ha sido restaurada a una condición buena y apropiada como la que tenía en la creación original. Aunque Dios necesita la obra de restauración para que el cielo viejo y la tierra vieja puedan ser renovados para ser el cielo nuevo y la tierra nueva, nosotros pertenecemos a la Nueva Jerusalén, una creación enteramente nueva. Ésta es la consumación de la economía eterna de Dios.

*Isaías profetizó en cuanto a la era de la restauración;
el capítulo 35 nos muestra un maravilloso cuadro
de la restauración*

Isaías profetizó en cuanto a la era de la restauración (Is. 2:2-5; 11:1-10; 61:4-9); el capítulo 35 nos muestra un maravilloso cuadro de la restauración.

**El juicio de Dios sobre las naciones altivas introduce
al Dios-hombre, Cristo, lo cual redundará en la restauración
de la nación de Israel, y esto, a su vez, trae el reino
y llega a su consumación en el cielo nuevo y la tierra nueva**

El juicio de Dios sobre las naciones altivas introduce al Dios-hombre, Cristo (4:2, 5-6), lo cual redundará en la restauración de la nación de Israel (vs. 3-6; 2:2-5), y esto, a su vez, trae el reino y llega a su consumación en el cielo nuevo y la tierra nueva (65:17).

Espero que todos puedan ver que, por un lado, en el aspecto dispensacional, Dios ha dispuesto tener esta era, la era de la restauración, para que todas las cosas sean enmendadas y así Él pueda llevar a cabo la obra renovadora, y renovar el cielo viejo y la tierra vieja para que lleguen a ser el cielo nuevo y la tierra nueva en los cuales mora la Nueva Jerusalén. Pero, por otro lado, hoy nosotros podemos disfrutar de un anticipo de la era de la restauración. Nosotros queremos que Dios nos

restaure ahora; no queremos esperar hasta ese día. No queremos esperar más tarde para ser restaurados los unos a los otros.

Si algunos de nosotros todavía tienen conflictos o enemistades con otros creyentes, necesitamos de una restauración. ¿Cómo podría Cristo ser introducido plenamente si todavía vivimos en una condición de desmoronamiento? La meta de la economía de Dios es introducir a este Cristo todo-inclusivo, quien es la centralidad y universalidad de la economía de Dios. Sin embargo, a fin de que Él pueda ser introducido, es necesario que todas las cosas sean enmendadas o restauradas. Necesitamos tener la perspectiva de que la meta es introducir al Cristo todo-inclusivo.

**EL CRISTO TODO-INCLUSIVO ES EL CENTRO
Y LA CIRCUNFERENCIA, LA CENTRALIDAD Y LA UNIVERSALIDAD,
DE LA ECONOMÍA ETERNA DE DIOS**

El Cristo todo-inclusivo es el centro y la circunferencia, la centralidad y la universalidad, de la economía eterna de Dios (Col. 1:15-18). La economía de Dios es como una gran rueda. En el centro de esta rueda hay un eje donde todos los radios convergen y tienen cohesión. Los radios se extienden desde el centro hasta el aro. La economía de Dios se puede comparar a una gran rueda con un eje y un aro. El eje hace que todo se conserve unido, y el eje es el “motor” que le infunde energía a dicha rueda para que se mueva. En la economía de Dios, Cristo es el eje y Cristo es también el aro. Él es el centro y también es la circunferencia. Él es Aquel que conserva todas las cosas unidas. Él es el Cristo todo-inclusivo, y Él es el Cristo universalmente extenso. ¡Alabado sea Él! Éste es el Cristo que necesitamos ver.

Colosenses 1:15-18 dice:

Él es la imagen del Dios invisible, el Primogénito de toda creación. Porque en Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean señoríos, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en Él se conservan unidas; y Él es la Cabeza del Cuerpo que es la iglesia; Él es el principio, el Primogénito de entre los muertos, para que en todo Él tenga la preeminencia.

Estos versículos son maravillosos. Él es el centro, el eje, Aquel que conserva todas las cosas unidas. Sin Cristo, todo se derrumba. Los planetas

giran alrededor del sol año tras año sin falta. Los científicos únicamente entienden que hay cierta clase de fuerza gravitacional, pero de hecho es Cristo quien mantiene el universo unido. Él es Aquel en quien todas las cosas se conservan unidas. Sin Cristo y Su poder sostenedor, todas las cosas se vendrían abajo. Podemos sentarnos aquí tan tranquila y armoniosamente porque tenemos a Cristo, quien nos mantiene unidos. Él es la centralidad y universalidad de la economía de Dios.

**Cristo, como la corporificación del Dios Triuno,
es la realidad de todas las cosas positivas
que hay en el universo**

Cristo, como la corporificación del Dios Triuno, es la realidad de todas las cosas positivas que hay en el universo (2:16-17). Colosenses 2:16-17 dice: “Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o sábados, todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; mas el cuerpo es de Cristo”. Todo lo demás es sombra; la realidad, el cuerpo, es de Cristo. Este Cristo todo-inclusivo es la realidad de todas las cosas positivas del universo. Él es la realidad de la silla en la que estamos sentados, del agua que bebemos y del pan que comemos.

**La intención de Dios en Su economía
es que Cristo lo sea todo; por lo tanto, es crucial
que veamos que Dios no desea otra cosa que no sea Cristo
y que a los ojos de Dios Cristo es lo único que cuenta**

La intención de Dios en Su economía es que Cristo lo sea todo; por lo tanto, es crucial que veamos que Dios no desea otra cosa que no sea Cristo y que a los ojos de Dios Cristo es lo único que cuenta (vs. 16-17; 3:4, 10-11). El mensaje 1 nos mostró que Dios desea obtener un recobro que sea absoluta y puramente de Cristo y nada más. Lo único que queremos es Cristo. Es por eso que estamos aquí. A los ojos de Dios Cristo es lo único que cuenta.

**Debido a que Cristo es la centralidad y universalidad
del mover de Dios, el libro de Isaías
revela muchos aspectos de Cristo
para el cumplimiento de la economía de Dios**

Debido a que Cristo es la centralidad y universalidad del mover de Dios, el libro de Isaías revela muchos aspectos de Cristo para el

cumplimiento de la economía de Dios (6:1-8; 22:22; 53:5, 10b-12; 54:5; 55:4-5).

No olvidemos jamás que el centro alrededor del cual gira la economía de Dios es esta maravillosa persona, Jesucristo. Él es la centralidad y universalidad de la economía de Dios. En los siguientes puntos veremos que esta persona tiene dos naturalezas: Él es revelado como el Renuevo de Jehová y también como el Fruto de la tierra. No sé cómo Isaías recibió estas expresiones tan maravillosas. ¡La Biblia es absolutamente la palabra inspirada por Dios! Esto es una maravillosa revelación.

**EN 4:2 ENCONTRAMOS UN PAR DE ASPECTOS DE CRISTO:
EL RENUENO DE JEHOVÁ Y EL FRUTO DE LA TIERRA;
EL RENUENO ES COMPARADO CON EL FRUTO,
Y JEHOVÁ ES COMPARADO CON LA TIERRA**

En 4:2 encontramos un par de aspectos de Cristo: el Renuevo de Jehová y el Fruto de la tierra; *el Renuevo* es comparado con *el Fruto*, y *Jehová* es comparado con *la tierra*. Dios es eterno y el hombre procedió de la tierra; el *Fruto de la tierra* se refiere al hombre, quien fue hecho del polvo (Gn. 2:7). Cristo, como Dios, vino desde la eternidad, pero como hombre, Él procedió de la tierra; por esta razón, Él es tanto el Renuevo de Jehová como el Fruto de la tierra.

Cristo es el Renuevo de Jehová, y también el Fruto de la tierra. El libro de Isaías es poesía hebrea. En la poesía a menudo se forman pares de cosas. Por lo tanto, podemos decir que poéticamente Isaías, por un lado, profetizó acerca de este Cristo como el Renuevo de Jehová, y por otro, como el Fruto de la tierra. No estoy seguro de que Isaías se hubiera dado cuenta de este, pero este par de cosas es una maravillosa revelación de las dos naturalezas del Cristo todo-inclusivo. Él es tanto divino como humano. Él es Dios y a la vez hombre. Él es el Renuevo de Jehová, lo cual se refiere a Su divinidad, y también es el Fruto de la tierra, lo cual se refiere a Su humanidad. Nuestro Cristo es el Dios-hombre. Ésta es una revelación central en cuanto a Cristo que necesitamos ver en el libro de Isaías. Este Dios-hombre Cristo es el centro y la circunferencia de la economía de Dios, quien lleva a cabo el propósito de Dios.

**EL RENUENO DE JEHOVÁ ALUDE A LA DEIDAD DE CRISTO,
LO CUAL REVELA SU NATURALEZA DIVINA**

El Renuevo de Jehová alude a la deidad de Cristo, lo cual revela Su naturaleza divina (Is. 4:2a; Jn. 1:1; 20:28; Ro. 9:5). Nuestro Cristo es el Señor Jehová, el Dios eterno. Juan 1:1 y 14 nos dice que “en el principio

era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios [...] Y el Verbo se hizo carne”. Por lo tanto, el hombre Jesús era el propio Dios que existía desde la eternidad. Él no fue hecho Dios en un tiempo posterior, sino que Él era el Verbo eterno, el Dios eterno. En Romanos 9:5 Pablo proclama que Cristo es Dios: “De quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino el Cristo, quien es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén”. Nada puede ser más claro que esto. Nuestro Cristo “es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén”. Los así llamados “Testigos de Jehová” necesitan saber que Cristo es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos.

La expresión *el Renuevo de Jehová* se refiere a la deidad de Cristo. Denota las riquezas y el frescor de la vida divina. Un renuevo es el brote nuevo y tierno de una planta. Por lo tanto, cuando Cristo es llamado el Renuevo de Jehová eso significa que algo nuevo y tierno ha brotado de Jehová; indica que algo está sucediendo en relación con Jehová. Nuestro Jehová Dios no es un Dios estático, pasivo o estancado. Algo está sucediendo en Su interior. Él es un Dios lleno de vigor, y está listo para brotar y retoñar.

En la primavera los árboles y las plantas echan nuevos brotes. Cuando vemos este cuadro tan agradable, nos sentimos llenos de esperanza de que algo nuevo —los brotes, las flores, las ramas y las hojas— está saliendo. ¿Ya nos hemos dado cuenta de que Jehová también está echando brotes? Hay algo que se llama el Renuevo de Jehová. Cristo es Jehová que brota, retoña y echa ramas. Dios no quiere quedarse en Sí mismo. Más bien, Él está haciendo todo lo posible por hacer que algo retoñe de Sí mismo. Dios es tan rico como la fuente que Él desea hacer que algo retoñe de Sí mismo. Este retoño de Jehová es Cristo como el Renuevo de Jehová, quien está lleno de vigor, crecimiento y poder productor.

El Renuevo de Jehová no sólo tipifica la divinidad de Cristo, sino también el hecho de que la divinidad de Cristo brotó y se desarrolló mediante la encarnación de Dios

El Renuevo de Jehová no sólo tipifica la divinidad de Cristo, sino también el hecho de que la divinidad de Cristo brotó y se desarrolló mediante la encarnación de Dios (Jn. 1:1, 14; He. 1:1-3; 2:14). Con relación a Jehová, desde Jehová y de Jehová hay un nuevo desarrollo. El Dios que nosotros los cristianos conocemos no es el mismo que los judíos conocen. El Dios que ellos conocen es el Dios que permaneció

en la eternidad y en los cielos. Pero el Dios de los cristianos es un Dios que está desarrollándose. Algo nuevo está brotando de Él; con respecto a Él, algo está desarrollándose.

Este nuevo brote y desarrollo es el brotar de la divinidad de Cristo por medio de la encarnación. Cuando Dios se encarnó para ser un bebé, ése fue el día más feliz. Ningún ser humano entendió lo que realmente estaba sucediendo allí, pero los ángeles celestiales sí sabían. Ellos estaban danzando y regocijándose. Ese día no solamente nació un Salvador, sino que Dios se hizo hombre. Aquello fue un brotar, un nuevo desarrollo, de Jehová en la humanidad.

La encarnación es un asunto extremadamente importante. El paso de la encarnación —cuando Dios nació en el vientre de una virgen y luego fue producido como un niño con una naturaleza humana y una naturaleza divina— dio inicio a un brote o retoño que salía de Jehová. Como el Renuevo de Jehová, el Cristo encarnado es una persona maravillosa. Por medio de la encarnación, el Dios infinito llegó a ser el hombre finito. Él era el Verbo eterno, que no estaba limitado por tiempo ni espacio, pero un día Él se hizo carne, y llegó a estar enteramente limitado por tiempo y espacio. Él era el resplandor de la gloria de Dios en Su divinidad y la impronta de la sustancia de Dios (He. 1:3); no obstante, un día Él se vistió de carne y sangre como nosotros y llegó a estar sujeto a toda clase de limitaciones humanas. El Dios infinito que llegó a ser el hombre finito es el Renuevo de Jehová, quien es el brotar y desarrollo de la divinidad de Cristo por medio de la encarnación de Dios.

El Renuevo de Jehová es un nuevo desarrollo de Jehová Dios para que el Dios Triuno se ramifique con miras a Su aumento y propagación por medio de Su encarnación

El Renuevo de Jehová es un nuevo desarrollo de Jehová Dios para que el Dios Triuno se ramifique con miras a Su aumento y propagación por medio de Su encarnación (Is. 7:14; Mt. 1:22-23). Por medio del brotar de Jehová, el Dios infinito llegó a ser el hombre finito, pero eso no es todo; por medio de este nuevo desarrollo, Dios puede crecer y propagarse por medio de Su encarnación.

Jehová, al igual que un gran árbol o una planta, se ha ramificado en la humanidad. Cuando Cristo nació y llegó a ser un hombre en la encarnación, Él fue llamado Emanuel, lo cual significa que Él era Dios con nosotros, Dios con el hombre (v. 23). Antes de que retoñara, Él era

simplemente Dios en la divinidad. Pero al retoñar en la humanidad por medio de la encarnación, una persona nació en la tierra cuyo nombre era Emanuel, Dios con nosotros. Cuando Él estaba en la eternidad, Dios estaba solo, pero ahora por haber retoñado por medio de la encarnación, Él se ha unido a la humanidad para ser “Dios con el hombre” a fin de crecer y propagarse.

**Cristo en Su encarnación como el Renuevo de Jehová
se ramificó extendiéndose en Su divinidad,
del territorio de la divinidad para entrar
en el territorio de la humanidad**

Cristo en Su encarnación como el Renuevo de Jehová se ramificó extendiéndose en Su divinidad, del territorio de la divinidad para entrar en el territorio de la humanidad (Jn. 1:1, 14). Antes de Su encarnación Cristo, como Jehová, se encontraba sólo en el territorio de la divinidad, pero al retoñar, algo de Jehová salió y entró en el territorio humano. Ahora este Cristo maravilloso como el Renuevo de Jehová está en ambos: en el territorio divino y en el territorio humano, y está participando plenamente en ambos. En el territorio de Su divinidad, Él está relacionado en muchos aspectos con lo que Dios es, y en el territorio de la humanidad también está relacionado en muchos aspectos. Él no sólo llegó a ser hombre, sino que además llevó una vida humana, en la cual experimentó los sufrimientos propios de la vida humana. Él participó plenamente en cada aspecto.

La venida de Cristo al territorio de la humanidad fue un brotar y un nuevo desarrollo de Jehová. Estamos muy contentos de que nuestro Dios no permaneció en la eternidad en luz inaccesible. Un día Él decidió brotar y entrar en el tiempo. Él retoñó no sólo desde Su divinidad, sino también con Su divinidad para entrar en territorio de la humanidad.

**Por medio de Su encarnación, Cristo vino
desde la eternidad y entró en la esfera del tiempo;
desde tiempos antiguos, desde los días de la eternidad,
el Dios Triuno se estaba preparando para salir de la eternidad
y entrar en la esfera del tiempo, para venir con Su divinidad
e introducirla en la humanidad**

Por medio de Su encarnación, Cristo vino desde la eternidad y entró en la esfera del tiempo; desde tiempos antiguos, desde los días de

la eternidad, el Dios Triuno se estaba preparando para salir de la eternidad y entrar en la esfera del tiempo, para venir con Su divinidad e introducirla en la humanidad (Mi. 5:2). Miqueas 5:2 dice: “Tú, Belén Efrata, / tan pequeña entre las familias de Judá, / de ti ha de salir el que será Señor en Israel; / sus salidas son desde el principio, / desde los días de la eternidad” [heb.]. Esto nos muestra que nuestro Dios es muy activo y emprendedor. Él es un Dios que actúa. Incluso en la eternidad pasada, después que nos hubo escogido y predestinado, Él se propuso salir. Si sólo nos hubiera escogido y predestinado, pero no hubiera salido, todavía seríamos pecadores dignos de conmiseración. Por lo tanto, le damos gracias al Señor por haber dado el paso de salir. De hecho, el Señor no salió sólo una vez. Este versículo nos habla de “salidas” en plural. La nota 1 dice que las salidas de Cristo fueron desde la eternidad y que esto es un asunto que aún continúa:

Aunque Cristo procedió de Belén, Sus salidas son desde tiempos antiguos, desde los días de la eternidad. Esto se refiere al origen eterno de Cristo e indica que en la eternidad, antes que la tierra fuese creada, Cristo se preparaba para salir. Así pues, la aparición de Cristo, Su manifestación, tuvo sus inicios en la eternidad. Desde tiempos antiguos, desde los días de la eternidad, el Dios Triuno se disponía a salir procedente de la eternidad para entrar en el tiempo, para venir con Su divinidad y entrar en la humanidad al nacer como hombre en Belén. Al crear todas las cosas, Él se preparaba para salir de la eternidad y entrar en el tiempo. Éste fue el propósito de la creación.

Las salidas de Cristo, Su aparición, son algo continuo. En el tiempo de Su encarnación, Él comenzó Sus salidas. Después de Su encarnación, Él continuó saliendo mediante Su vivir humano, Su muerte, Su resurrección, Su ascensión, Su derramamiento del Espíritu consumado (quien es la realidad de Cristo mismo) y Su propagación mediante la predicación del evangelio a toda la tierra habitada. Todos éstos son pasos importantes dados por Cristo en Sus salidas. Sus salidas no han cesado, sino que continúan hoy en día. Las salidas de Cristo, Su manifestación, alcanzarán su consumación cuando Él regrese junto con los vencedores, los fuertes (Jl. 3:11) para derrotar al anticristo y arrojarlo al lago de fuego (Ap. 19:19-20), cuando Satanás sea arrojado

al abismo (Ap. 20:2-3) y cuando Cristo establezca Su trono para reinar como Rey (Mt. 25:31, 34, 40). En ese tiempo, Su aparición será completa.

Por medio de esto vemos que Cristo no salió rápidamente, sino que se tomó Su tiempo. Le tardó nueve meses ser engendrado y permanecer en el vientre de María, después de lo cual fue dado a luz como un bebé. Luego se tardó otros treinta y tres años y medio para salir en Su vivir humano. Entonces fue a la cruz e incluso entró al Hades. Después de tres días se levantó en resurrección y continuó saliendo al ascender y al derramarse en calidad de Espíritu. Hoy en día Él todavía está saliendo; está saliendo para entrar en usted y en mí. Está saliendo en Suramérica, en África, en Europa y en Asia. Sus salidas no cesarán hasta que Él regrese al final de esta era, traiga el reino y llegue a Su consumación en la Nueva Jerusalén. Éstas son las salidas del maravilloso Cristo como el Renuevo de Jehová, quien sale desde la eternidad para entrar en el tiempo e introducir Su divinidad en la humanidad.

El brotar y desarrollo de Dios en Cristo como el Renuevo de Jehová tenían como fin que se expresaran todas las riquezas de la divinidad en la humanidad de Cristo, es decir, que los ricos atributos de la divinidad se desarrollaran hasta convertirse en las virtudes de Cristo, el Dios-hombre, en Su humanidad

El brotar y desarrollo de Dios en Cristo como el Renuevo de Jehová tenían como fin que se expresaran todas las riquezas de la divinidad en la humanidad de Cristo, es decir, que los ricos atributos de la divinidad se desarrollaran hasta convertirse en las virtudes de Cristo, el Dios-hombre, en Su humanidad (Ef. 3:8). El desarrollo, este brotar, se refiere a la divinidad de Cristo que busca ser expresada. A medida que Él se desarrolla y sale, hay una expresión de todas las riquezas de la divinidad en la humanidad de Cristo. La divinidad es la rica fuente, y esta divinidad se desarrolla en la humanidad al ser expresadas las riquezas de la divinidad de Dios en la humanidad de Cristo, a fin de que los ricos atributos de la divinidad sean desarrollados en las virtudes de Cristo, el Dios-hombre, en Su humanidad. El hecho de que Cristo sea el Renuevo de Jehová se refiere al brotar y desarrollo de la divinidad de Cristo, comenzando a partir de Su encarnación hasta alcanzar la meta, la cual es la expresión de la gloria y belleza de la divinidad.

El Dios encarnado, en Su divinidad, será la hermosura y la gloria del pueblo escogido de Dios en el día de la restauración

El Dios encarnado, en Su divinidad, será la hermosura y la gloria del pueblo escogido de Dios en el día de la restauración (Is. 4:2a). El hermano Lee explica lo que significa que Cristo sea la hermosura y la gloria en el día de la restauración. Él escribe: “El día en que Cristo regrese, el desarrollo consumado de la divinidad en Él se manifestará como la hermosura y la gloria; es decir, Su divinidad se manifestará en el esplendor brillante, en el valor precioso y en la posición majestuosa en Su reinado en Su humanidad” (*Truth Lessons—Level 3* [Lecciones de la verdad: nivel 3], t. 2, pág. 188). El desarrollo de la divinidad de Cristo se expresa por medio de todas las riquezas, de todas las virtudes que Cristo manifestó en Su vivir en Su humanidad. Él continúa brotando y saliendo hasta que un día alcanzará la meta final, la cual es que Él, como el Renuevo de Jehová, será nuestra hermosura y gloria.

Nuestro Dios con Su naturaleza divina es nuestra hermosura y nuestra gloria

Nuestro Dios con Su naturaleza divina es nuestra hermosura y nuestra gloria (60:1, 9, 13). Hoy en día a muchas personas les gusta embellecerse. La industria de los cosméticos en los Estados Unidos es una industria gigantesca debido a que tanto a los hombres como a las mujeres les gusta embellecerse. Pero todos sus esfuerzos por embellecerse exteriormente son una pérdida de dinero. No importa cuánto tratemos de embellecernos, vamos a deteriorarnos y corrompernos. La verdadera hermosura y gloria son Cristo mismo como el Renuevo de Jehová. Cristo como el Renuevo de Jehová, el Dios encarnado, será la hermosura y gloria del pueblo escogido de Dios en el día de la restauración.

Debido a que Cristo vive en nosotros, somos participantes de la naturaleza divina; en este sentido, no solamente somos seres humanos, sino también divinos, y la naturaleza divina es nuestra hermosura y nuestra gloria

Debido a que Cristo vive en nosotros, somos participantes de la naturaleza divina; en este sentido, no solamente somos seres humanos, sino también divinos, y la naturaleza divina es nuestra hermosura y

nuestra gloria (Gá. 2:20; 2 P. 1:4). Cuando vemos a los santos, debemos confesar que son hermosos. No son hermosos en un sentido carnal, sino que son hermosos debido a la vida y la naturaleza divinas que están en ellos. Si usted disfruta a Cristo, entonces es la persona más hermosa; pero si no lo disfruta, es feo. Ésa es la verdad. Si usted se mira en el espejo cuando no está disfrutando a Cristo, verá una persona que se parece al diablo. Cuando usted no disfruta a Cristo, se halla en su enojo, en su mal genio o en su carne. Pero cuando disfruta a Cristo, es hermoso. El desarrollo de la divinidad de Cristo en última instancia llegará a ser nuestra hermosura y gloria. Esto es lo que Dios está haciendo en nosotros hoy.

Debido a que Cristo vive en nosotros, nosotros somos participantes de la naturaleza divina. Ésta es nuestra genealogía divina y nunca debemos olvidar esto. No debemos centrarnos en el hecho de que hemos nacido de cierta familia, vinimos de cierto país y fuimos criados de cierta manera. Puede que ésta sea nuestra historia en la vieja creación, pero cuando nacimos de nuevo recibimos otra vida junto con otra genealogía. Fuimos regenerados con la vida y naturaleza divinas y, por tanto, nunca debemos olvidarnos de nuestra genealogía. Somos hijos de Dios en la familia de Dios y tenemos en nosotros la vida y naturaleza divinas para que sean nuestra hermosura y gloria.

**EL FRUTO DE LA TIERRA SE REFIERE A LA HUMANIDAD DE CRISTO
CON SU NATURALEZA HUMANA**

El Fruto de la tierra se refiere a la humanidad de Cristo con Su naturaleza humana (Is. 4:2b; Lc. 1:42). Por un lado, Él es el Renuevo de Jehová, lo cual alude a Su deidad, divinidad y naturaleza divina; por otro, Él es el Fruto de la tierra, lo cual se refiere a Su humanidad, la cual crece en la tierra. Todos los seres humanos salimos de la tierra. Génesis 2:7 dice que el hombre fue formado del polvo de la tierra. *El Fruto de la tierra* se refiere al Cristo que crece de la tierra, y denota el fruto que fue producido y expresado en Su humanidad. En Su divinidad Cristo es el retoñar de Jehová. Hay una rica fuente en Su divinidad que hace que Él brote y salga. En Su humanidad, Cristo es el Fruto, la cosecha y el producto con miras a la expresión y la multiplicación.

Lucas 1:42 dice que Cristo es el fruto del vientre de María. Cuando María fue a ver a Elisabet, ésta alzó la voz en gran exclamación y profetizó en cuanto a María, diciendo: “¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!”. Elisabet recibió estas palabras para

profetizar que Cristo, el Santo que nacería del vientre de María, sería el Fruto para ser disfrutado por nosotros. El fruto es bueno para comer, y este Dios-hombre Jesús es bueno para comer.

**Como el Fruto de la tierra, Cristo nació como un hombre
que tenía sangre y carne humanas procedentes de la tierra;
la tierra era el origen de la humanidad de Cristo,
así como la eternidad era el origen de Su divinidad**

Como el Fruto de la tierra, Cristo nació como un hombre que tenía sangre y carne humanas procedentes de la tierra; la tierra era el origen de la humanidad de Cristo, así como la eternidad era el origen de Su divinidad (He. 2:14).

**El propósito de Cristo como el Fruto de la tierra
es la multiplicación y reproducción
de la vida divina en la humanidad**

El propósito de Cristo como el Fruto de la tierra es la multiplicación y reproducción de la vida divina en la humanidad (Jn. 12:24). Cristo, como el Renuevo de Jehová, le permite a Jehová desarrollarse, brotar y retoñar en la divinidad de Cristo con miras a la propagación y el aumento; y como el Fruto de la tierra, permite que la vida divina pueda multiplicarse y reproducirse en la humanidad. Juan 12:24 revela que Cristo era un grano de trigo que cayó en la tierra y murió a fin de producir muchos granos. Dios no puede multiplicarse si permanece solamente en Su divinidad. Pero al entrar en la humanidad, llegar a ser un grano de trigo y ser sembrado en la tierra, Él pudo producir muchos granos.

La parábola del Sembrador en Mateo 13 nos provee otro ejemplo de la reproducción de la vida divina en la humanidad. En esta parábola el Hijo del Hombre vino como el Sembrador a sembrar la palabra de vida en el corazón del hombre. Estas semillas sembradas produjeron fruto, una a ciento, otra a sesenta y otra a treinta por uno (vs. 3-9). Cristo mismo como la palabra eterna de vida es sembrado en el corazón del hombre. Por lo tanto, la humanidad es la tierra, el receptáculo de la vida divina. Al ser sembrada en la tierra de la humanidad, la vida divina produce fruto, y el único grano es multiplicado y reproducido para ser los muchos granos. Ya que Cristo ha sido sembrado en nuestro corazón humano, debemos dejarle crecer en nuestra humanidad e incluso ser producido como el Fruto de la tierra.

Dios en Sí mismo, en Su divinidad, no puede ser multiplicado

Dios en Sí mismo, en Su divinidad, no puede ser multiplicado. En Sí mismo, Cristo era el Unigénito que sólo poseía divinidad, pero al llegar a ser un hombre y sembrarse en la tierra como el único grano, Él produjo muchos granos.

*Para poder multiplicarse y reproducirse,
Él necesita la humanidad; la humanidad es el suelo,
la tierra, donde el Dios Triuno
puede ser multiplicado y reproducido*

Para poder multiplicarse y reproducirse, Él necesita la humanidad; la humanidad es el suelo, la tierra, donde el Dios Triuno puede ser multiplicado y reproducido (Jn. 20:17; Ro. 8:29; He. 2:10). En la mañana del día de Su resurrección María fue al sepulcro a buscar al Señor. Cuando el Señor se le apareció, le dijo: “Ve a Mis hermanos, y díles: Subo a Mi Padre y a vuestro Padre, a Mi Dios y a vuestro Dios” (Jn. 20:17). Antes de ese momento, Cristo había estado en la tierra con Sus discípulos por tres años y medio, pero nunca llegó a llamarlos Sus hermanos. Cuando mucho los llamó amigos. Fue sólo después de haber pasado por la muerte y la resurrección y después de que la vida divina que estaba en Él se reprodujo y multiplicó que Él pudo llamarlos Sus hermanos. Cuando esto sucedió, el Dios-hombre Cristo ya no era sencillamente el Hijo unigénito de Dios que poseía sólo divinidad. Él era el Hijo primogénito de Dios que poseía tanto divinidad como humanidad. Entonces Él podía llamar a Sus discípulos Sus hermanos porque Su Dios era el Dios de ellos, y Su Padre era el Padre de ellos. Por medio de la propagación de Su humanidad en la divinidad, Cristo fue multiplicado y reproducido.

**Cristo, como el Fruto de la tierra, en Su humanidad,
la cual expresa Su hermosura y gloria divinas,
será la excelencia y el esplendor del pueblo escogido de Dios
en el día de la restauración**

*Incluso hoy en día, en la era de la gracia,
nosotros debemos llevar una vida que exprese la hermosura
y la gloria de Cristo de una manera divina y que exprese
la excelencia y el esplendor de Cristo de una manera humana*

Cristo, como el Fruto de la tierra, en Su humanidad, la cual expresa Su hermosura y gloria divinas, será la excelencia y el esplendor del

pueblo escogido de Dios en el día de la restauración (Isa. 4:2b). Incluso hoy en día, en la era de la gracia, nosotros debemos llevar una vida que exprese la hermosura y la gloria de Cristo de una manera divina y que exprese la excelencia y el esplendor de Cristo de una manera humana (1 Co. 10:31; Fil. 1:11, 20).

*Un cristiano apropiado es una persona divina y humana,
alguien que tiene la hermosura y la gloria divinas de Jesús,
así como también la excelencia y esplendor humanos de Jesús*

Un cristiano apropiado es una persona divina y humana, alguien que tiene la hermosura y la gloria divinas de Jesús, así como también la excelencia y esplendor humanos de Jesús (vs. 8-9; 1 P. 2:12). Cristo es tanto el Renuevo de Jehová como el Fruto de la tierra, y un cristiano normal es tanto divino como humano. Cristo en Su humanidad, como el Fruto de la tierra, llega a ser la excelencia y el esplendor. En *La visión gloriosa y el camino de la cruz*, el hermano Lee describe la humanidad de aquellos que sirven al Señor. Él escribe:

La verdadera humanidad de un cristiano no sólo incluye los atributos divinos que llenan su ser, sino también aquellos atributos que le fueron dados en la creación. Cuando el hombre fue creado, solamente poseía la imagen de los atributos divinos, pero no tenía el contenido ni la realidad de dichos atributos. Es por eso que debemos recibir al Dios de la creación en nuestro ser para que Él llegue a ser nuestro contenido. Cuando Él nos llena, podemos verdaderamente amarlo. En tal caso, lo vivimos a Él y no a nosotros mismos; este vivir resulta de la divinidad y se expresa por medio de nuestra humanidad. Ésta es la humanidad que es propia de un cristiano.

...Si no hay divinidad en nuestra humanidad, lo único que expresaremos en nuestro vivir será nuestra vejez. Por tanto, es necesario entender que como cristianos no vivimos conforme a una sola clase de atributos; más bien, debemos vivir conforme a una vida “doble”, que consta de dos clases de atributos. Tanto los atributos divinos como los atributos humanos deben estar presentes. Sólo esto nos garantizará que poseamos la humanidad apropiada. (págs. 34-35)

En este mismo libro el hermano Lee dice que cuando los atributos divinos de Dios se expresan en las virtudes creadas del hombre, éstos dan

por resultado siete virtudes excelentes: amor extraordinario, comprensión ilimitada, fidelidad incomparable, humildad absoluta, suma pureza, santidad y justicia supremas, y resplandor y rectitud (págs. 36-38). Estas virtudes excelentes describen la humanidad de alguien que busca y sirve al Señor. Tal persona no es solamente espiritual ni solamente divina. Tal persona experimenta a Cristo no sólo como el Renuevo de Jehová, sino también como el Fruto de la tierra para ser una persona tanto divina como humana.

Como el Fruto de la tierra, la humanidad de Cristo es la excelencia y el esplendor. Más aún, el deseo de Cristo es que Él viva y se exprese a través de nosotros de esta manera. Si experimentamos a Cristo de esta manera, entonces en nuestra vida humana, nuestra vida familiar, nuestra vida laboral, en nuestra vida de iglesia y en todas nuestras relaciones unos con otros exhibiremos la excelencia y esplendor de la vida humana de Jesús. Es por ello que alentamos a los jóvenes a venir al Entrenamiento de Tiempo Completo. En el Entrenamiento de Tiempo Completo ellos no sólo aprenderán la verdad, sino que también aprenderán a vivir como seres humanos apropiados. En nuestro carácter y en la manera en que vivimos, hacemos las cosas y nos conducimos, necesitamos tanto la divinidad de Cristo como también la humanidad apropiada y elevada de Cristo.

EN ISAÍAS 4:5-6 ENCONTRAMOS

UN SEGUNDO PAR DE ASPECTOS DE CRISTO:

UN DOSEL DE GLORIA QUE BRINDA COBERTURA Y UN TABERNÁCULO DE GRACIA QUE BRINDA SOMBRA

El segundo par es el resultado del primer par y es producido por el primer par

En Isaías 4:5-6 encontramos un segundo par de aspectos de Cristo: un dosel de gloria que brinda cobertura y un tabernáculo de gracia que brinda sombra. El segundo par es el resultado del primer par y es producido por el primer par. Debido a que Cristo es el Renuevo que permite un nuevo desarrollo de Dios y el Fruto que hace posible la reproducción de Dios, Él posee la hermosura y la gloria divinas con la excelencia y esplendor humanos; por esta razón, Él puede ser un dosel que nos cubre y un tabernáculo que nos brinda sombra (vs. 2, 5-6). Nuestro Jesús es el Dios-hombre, Aquel que es divino y humano; como el Dios-hombre en Su divinidad y humanidad, Él, como el Renuevo de Jehová y el Fruto de la tierra, es un dosel de la gloria divina que brinda

cobertura y un tabernáculo de gracia en la humanidad que brinda sombra.

El Dios-hombre, Cristo, es un dosel, el cual es la gloria de Cristo en Su divinidad que brinda cobertura, protegiendo todos los intereses de Jehová Dios en la tierra

El Dios-hombre, Cristo, es un dosel, el cual es la gloria de Cristo en Su divinidad que brinda cobertura, protegiendo todos los intereses de Jehová Dios en la tierra (v. 5). En Su divinidad nuestro Cristo es un dosel que nos cubre. Él cubre el monte santo en su totalidad con el templo santo y todas las convocaciones santas que se llevan a cabo en toda el área que rodea el monte santo. Esto implica que Cristo, en Su divinidad junto con Su gloria, nos cubre de todo ataque o asunto negativo que provienen del enemigo. Ésta es nuestra experiencia. Cada vez que nos reunimos, sentimos que hay un gran dosel sobre nosotros. Éste es el dosel de la gloria de Dios. Nos hemos estado reuniendo juntos en entrenamientos y conferencias por trece años desde que falleció el hermano Lee, y podemos testificar que aunque no somos nada ni nadie, cada vez que nos reunimos percibimos la gloria. La gloria de Dios es nuestro dosel que nos cubre, preserva y guarda de cualquier ataque y asunto negativo.

El tabernáculo que brinda sombra es el Dios-hombre, Cristo, en Su humanidad con Su gracia, tal como se nos describe en 2 Corintios 12:9; éste es Cristo como Aquel que nos cubre con Su sombra y nos brinda protección y defensa

El tabernáculo que brinda sombra es el Dios-hombre, Cristo, en Su humanidad con Su gracia, tal como se nos describe en 2 Corintios 12:9; éste es Cristo como Aquel que nos cubre con Su sombra y nos brinda protección y defensa (Is. 4:6; Jn. 1:14). Cristo, como el tabernáculo, nos brinda una sombra que nos guarda del calor y un refugio que nos protege de la tormenta y de la lluvia. Esto definitivamente se refiere a Su humanidad. Juan 1:14 revela que cuando Cristo se encarnó y llegó a ser carne, Él fijó tabernáculo entre los hombres, lleno de gracia. Más aún, Pablo dice que cuando le pidió al Señor que le fuera quitado el aguijón, el Señor le respondió: “Bástate Mi gracia; porque Mi poder se perfecciona en la debilidad”. Pablo entonces le respondió diciendo: “Por

tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que el poder de Cristo extienda tabernáculo sobre mí” (2 Co. 12:9). Cristo es nuestro tabernáculo que nos cubre con Su sombra.

En Isaías Cristo nos es revelado como el Renuevo de Jehová, como el Fruto de la tierra, como el dosel que nos brinda cobertura y como un tabernáculo que nos cubre con su sombra. Estos aspectos de Cristo no son simplemente puntos para que los aprendamos y luego espere-mos poder experimentarlos en el futuro. Cristo es todos estos aspectos para que experimentemos y participemos de ellos hoy. Pero ¿cómo podemos participar de este Cristo y experimentarlo? Isaías 4:2-5 revela cuatro requisitos. El primer requisito para participar de Cristo y experimentar-le es que hayamos escapado, que hayamos sido librados del cautiverio (v. 2b). Si queremos experimentar a tal Cristo, debemos ser liberados de toda clase de cautiverio o esclavitud. Debemos ser libertados y ya no estar en cautiverio. El segundo requisito es que vivamos y permanezcamos en el lugar escogido por Dios, Sión y Jerusalén, llevando una vida santa (v. 3a). Debemos ser aquellos que viven en la casa de Dios —que es la vida del Cuerpo que se lleva en la vida de iglesia—, junto con el pueblo de Dios. El tercer requisito es que seamos de aquellos que son escogidos por Dios conforme a Su registro de vida (v. 3b). El cuarto requisito es que la inmundicia sea lavada y las manchas de sangre sean limpiadas por el Señor en virtud de Su Espíritu que juzga y consume (v. 4). Si cumplimos con estos requisitos, podremos participar de tal Cristo, quien es el Renuevo de Jehová, el Fruto de la tierra, el dosel que brinda cobertura y el tabernáculo que nos cubre con su sombra. Espero que todos podamos disfrutar de este Cristo todo-inclusivo hoy, a fin de introducir la era de la restauración y llevar la economía eterna de Dios a su consumación.—J.L.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE ISAÍAS

La visión del Cristo en gloria

(Mensaje 4)

Lectura bíblica: Is. 6:1-8; Jn. 12:38-41

- I. “El año en que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo”—Is. 6:1:
 - A. Aquel a quien Isaías vio era Cristo como el Señor, el Rey, Jehová de los ejércitos—v. 5b:
 1. Juan, al hablarnos del vivir y la obra de Cristo en la tierra, dijo que Isaías “vio Su gloria, y habló acerca de Él”—Jn. 12:41.
 2. A fin de ver la visión del Cristo glorioso y entronado, debemos prestar atención a la advertencia de Isaías (Is. 6:9-10) al ejercitar nuestro espíritu para orar que el Señor abra nuestros ojos internos, ablande nuestro corazón y mantenga nuestro corazón vuelto a Él, a fin de que Él nos sane interiormente de nuestra ceguera y enfermedad (Jn. 12:38-40; Mt. 13:14-17; Hch. 28:25-27; Ap. 3:18; 4:2; 2 Co. 3:16-18).
 - B. Isaías recibió la visión del Cristo en gloria en medio de su depresión—Is. 6:1, 5; cfr. 22:1; 2 Cr. 26:3-5, 16-22:
 1. Pese a la rebelión, iniquidades y corrupción del pueblo amado y escogido de Dios, Cristo aún está sentado sobre un trono alto y sublime en gloria—Is. 6:1-4; Lm. 5:19; Ap. 22:1.
 2. Cristo es lo único bueno en el universo; debemos mirarlo fijamente a Él apartando la mirada de cualquier otro objeto; no debemos poner nuestra mirada en nada ni en nadie que no sea Cristo—He. 12:1-2a.
 3. En esta tierra todo cambia y fluctúa, pero Cristo es el mismo hoy y por los siglos; por lo tanto, no debemos mirar hacia abajo para contemplar la situación imperante en la tierra, sino alzar nuestros ojos y mirar al Cristo que está en el trono—v. 2; 13:8.